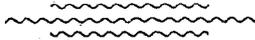


PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA

CENTENARIOS Y MILENARIOS

POR

ALEJANDRO ANDRADE COELLO



Quito, Ecuador, S. A.

Talleres Gráficos Nacionales

1931

CENTENARIOS Y MILENARIOS

Centenarios y Milenarios

El tiempo—Saturno implacable—devora hombres y siglos con hambre incontenible y criminal indiferencia. Todo es triturado por los incisivos del tiempo.

Quedan, sin embargo, la memoria de lo que fué, la veneración a lo que vale, la justicia de la historia, la gratitud de las generaciones.

En Octubre de 1930—que apenas transcurrido ya me parece tan lejano—Virgilio fue glorificado por el mundo, con motivo de la celebración de su segundo milenario.

El Ecuador se adelantó en el ejemplo: organizó una junta virgiliana, antes que otras naciones tomaran la iniciativa, e instituyó la semana también virgiliana.

Poetas y prosadores ecuatorianos engalanaron la cátedra, la tribuna, la revista y el diario con el nombre de Virgilio.

Otro tanto aconteció al conmemorar —el 17 de diciembre de 1930— el primer centenario de la muerte de Bolívar. Igualmente la semana bolivariana fué ininterrumpido culto al Libertador. En las escuelas de la República del Ecuador— aun en los pueblos más apartados— resonó el himno de

Bolívar, la conferencia ilustrada abundó en estudios históricos, la poesía fué alusiva a las excelencias del magno héroe caraqueño, la prensa engalanó sus columnas con monografías acerca del Libertador, y no hubo rincón del país en el que se dejara de bendecir al que fué Padre de la Patria por voluntad de los quiteños y confirmación de la América.

Ya antes—el 4 de junio— había vestido de luto en el primer centenario del asesinato a Sucre, en la montaña de Berruecos.

Milenarios y centenarios —el de Virgilio, el de Sucre, el de Bolívar— han sido tomados en cuenta, con profunda reverencia, en el Ecuador, dando muestras de alta cultura, que se ha reflejado notable e inolvidablemente en los actos escolares, tan educativos y fervorosos.

Centenarios y milenarios, que se escriben con soles en los anales del orbe, han sido para la prensa ecuatoriana fuentes de inspiración. Quedarán muchas eruditas y elocuentes páginas de diarios y revistas resonando con la selección de artículos y composiciones métricas a honra de Virgilio, cuyas traducciones se hicieron ostensibles, y en homenaje íntimo —como de cosa propia—al Vencedor en Pichincha cuyos restos venerandos posee Quito con sagrado rendimiento, cual tesoro de valía insuperable.

¿Y qué decir de la conmemoración bolivariana?

El tiempo, ineluctablemente, transcurre; pero permanecen como normas de cultura nacional y de civismo, los ecos de la celebración de esos luminosos milenarios y centenarios que destacan tanto la

grandeza de los genios como la gratitud magna de pueblos que, como el Ecuador, llevan grabados en lo más hondo de su pecho nombres que son su talismán: Sucre, Bolívar.

Estas páginas son, en parte, fruto de los días conmemorativos del bimilenario de Virgilio y del centenario de la muerte del Libertador.



Virgilio, el Poeta de la Naturaleza

En torno de los genios

Amor a la poesía auténtica de las cosas, fundada en su naturaleza, sobrepaja a todo otro sentimiento, por fascinador que sea, pero que es postizo. Flores, árboles, fuentes, ríos, trino de las aves, paisajes umbrosos y recónditos, praderas de esmeralda, escala cromática del ganado, ¡cómo hinchen el alma de legítimo gozo!

No obstante las ideas vigorosas del moderno filósofo alemán Conde Hermann Keyserling, que ha difundido su doctrina por América, proclamando arrogante, en lujo poliglota, que ya la vida no tiene sentido en sus formas tradicionales y que únicamente los tipos nuevos pueden comprender las contemporáneas realizaciones psicológicas que encumbran la fuerza cultural del chofer y que resultan verdaderas en cuanto se toma en cuenta el devenir para no perecer, continúa la humanidad reverenciando al remoto ayer, a sus hombres símbolos de viejas civilizaciones, a los de antiquísimas centurias y buscando en ellos la explicación de muchas claves que quizá en su época no soñaron bosquejar siquiera.

El pasado inquieta todavía. Llénanse las bibliotecas de comentadores fervorosos que no desperdician miga, en la tarea titánica, no sólo de traducir, sino de investigar la vida y espigar en las obras de aquellos cerebros de privilegiada estructura, faros situados en los promontorios que bate el oleaje pasional y la resaca humana, para alumbrar a los peregrinos del ideal.

Agudos críticos, historiadores de centenares de bibliografías, les han forzado a presentarse como en rigor no fueron. La distancia, el espacio, la fe, la inclinación, la fiebre fanatizante, la sabiduría han contribuído a trazar biblias y epopeyas en torno de esos perínclitos mortales. En furor de vocación analítica, no han desperdiciado la menor palabra que los genios anotaron en tabletas de cera, en papiros y pergaminos, en viejos códices y páginas amarillentas que la polilla consume. El fin ha estribado en distinguir gestos y ademanes imperceptibles, visiones proféticas y preludios auspiciadores de lo que ellos ni se imaginaron.

El Quijote, para no pocos eruditos escarnecedores, ha sido la encarnación de España, del Papa, de Carlos V. de la Iglesia, de la Humanidad. Se ha rastreado su sentido exotérico y esotérico. A lo que es obvio y que llanamente se refería al tiempo calamitoso de Alonso Quijano el Bueno, dieron significación muy distinta, sumiendo a los estudiosos en un piélago de conjeturas y de concordancias sibilinas.

Y así Homero, Esquilo, Virgilio, Dante, Colón, Cervantes, Shakespeare, Goethe, son objeto

de comentarios caprichosos, inflados de ingenio, de acotaciones teológicas, de desciframientos científicos, de postulados matemáticos, de peregrinas soluciones, de rompecabezas y acertijos.

A veces, no se les ha querido creer ni lo que ellos categóricamente, ingenuamente afirmaron. Se ha dado contrapuesto giro a sus declaraciones autobiográficas, remitiendo a duda lo que con claridad concibieron, y no sólo aquello que fué fruto de su talento, sino hasta sus propias patrias. Se puso en tela de juicio su divinal producción, cual ha sucedido con el autor de Hamlet.—El vaivén en torno de los genios es infinito. Siempre se les encuentra de actualidad, como las altas montañas que se divisan de todas partes y nos entusiasman con sus plateadas cimas.

Poderoso y moderno partido político italiano tomó su divisa de una usanza muy antigua, que quizá viene del tiempo de Rómulo. Los fascistas que obedecen a Musolini, encuentran su origen en el haz, en la unión, en el «fascio littorio» que en las sacras procesiones precedían a los dictadores, cónsules, generales y otras dignidades de Roma. Aquellas hachas envueltas en un haz de varas, que han dado nombre al fascismo, me imagino alegorías del genio, que desde lo más remoto de los tiempos ha provocado la unión de la especie humana y ha osado abrir las puertas de la paz y la belleza. Esas varillas de álamo y abedul, de entre las que sobresalía una segur, iban a veces adornadas con hojas y coronas de laurel, distintivos de victoria, como la que en el planeta obtiene el genio.

Hace veinte centurias

Dos mil años ha que con clarines de triunfo resuena por el mundo el nombre de Virgilio, dulce y apacible como una égloga, divinizado por los siglos como el astro de la poesía que conduce misteriosamente a los mortales a través de los desiertos y de las terrenas tristezas. ¡Qué admirable vivir del que encarna la hermosura de los sentimientos junto a las lecciones docentes, que se acercan a escuchar la palpitante armonía de la naturaleza!

Tronos que como las moles andinas sentáronse sobre bases de oro, que diría el bardo ecuatoriano Olmedo que tanto leyó a Virgilio, se han derribado estrepitosamente; imperios que pasearon su soberbia por el mundo se hundieron para siempre, dejando apenas débil huella de su paso. Tiranos, guerreros, conquistadores, sumidos definitivamente en el polvo, no sólo fueron ludibrio del implacable tiempo, sino que la historia casi no se ocupa en ellos, porque han desaparecido los datos de la fugaz bulla que metieron, como los cohetes que lucen sus filigranas de colores al estallar, y se apagan al momento, dejando un puñado de ceniza.

En este ciclo del chofer que devora caminos en su rauda máquina y del aviador que surca con sus alas el espacio, Virgilio, sobre montañas de generaciones, se alza sonriente, fresco, ungido por el bálsamo de la simpatía, precisamente porque fué humilde labriego de Andes y desde niño se

aproximó a la naturaleza, se saturó con su vaho de fortificadora vitamina y estuvo familiarizándose con los instrumentos del agro.

Me parece que ayer no más se hubiera removido su tumba, porque me habla de cosas actuales como serán siempre las del culto agrícola, y lo hace con el encanto de la poesía, más docente que las diarias labores de Hesíodo y los melifluos idilios de Teócrito.

El milagro de su perpetuación está unido al armonioso idioma que en Roma ilustraron estrofas diamantinas y que todavía es lengua sabia, viva para la grandeza universal que une a los doctos por esta como radiotelegrafía que nos vino del Lacio y que ennoblecida fué por vates excelsos como Horacio y Ovidio y por clásicos prosadores como Cicerón, el de las cláusulas musicales, y por historiadores de miel hiblea como Julio César, Salustio, Suetonio, Tito Livio, Tácito.

Legiones de humanistas de todas las edades han comentado a Virgilio, le han traducido en la amplitud del orbe y en toda su extensión, casi letra por letra, en los países de más avanzado desenvolvimiento.

Poeta y filósofo es Virgilio. De él, sin metáfora, digo que es y no fué, porque lozano y firme discurre por el templo de las letras de la humanidad, con fuego más unguidor y acariciante que el de las vestales, velando por el intelecto exquisito.

¡Y qué estilo maravilloso el del mago del latín, que seducirá a críticos de la talla de Ribbeck y Conington!

La biblioteca virgiliana

La biblioteca virgiliana, tesoro con más tesón reunido que el aglomerado en el Imperio del Sol para el rescate del Emperador Atahualpa, sube muchos codos, por encima de anhelantes brazos en alto, en la dilatación de antiguos y modernos anaqueles que alínean la versión, la bibliografía, el análisis crítico y la acotación erudita, en centenares de generaciones, del ejército de humanistas que son como el áureo arsenal de la historia latina rediviva.

Al divino poeta que guió al Dante por moradas de dolor y de tortura, le han traducido a las lenguas difíciles, en el selecto anhelo de que la explosión estética inunde de cultura al globo. Cada pueblo se ufana en practicar el recuento de los profundos latinistas que consagraron sus mejores días y sus veladas tesoueras a la versión virgiliana.

En el Ecuador, los más recientes, de vuelo majestuoso por el donaire de su ingenio y las galas del estilo, son Clemente Ponce y Quintiliano Sánchez, traductor también de Fedro y Horacio. Una cumbre en la dignidad eclesiástica, preclaro en la arqueología y en la historia, el doctor González Suárez, estudió a Virgilio con el escrúpulo que acostumbraba poner en sus lecciones literarias. También nos dijo magistralmente de sus lecturas comprobadas el doctor Manuel María Pólit Lasso, Arzobispo de Quito. Cristóbal de Gangotena y Jijón, en castigada prosa, ceñida con directa fidelidad al texto, presenta en castellano las EGLOGAS. Augusto Arias, con sutil virtud investigadora, va siguiendo, a través de los poetas latinos y castella-

nos, la influencia virgiliana, con acopio de datos, para espigar a continuación, en los jardines patrios, las flores de los latinistas ecuatorianos. Se anuncia el estudio virgiliano del señor Francisco Gómez, trabajo que no conozco y que afirman se concretará a considerarlo como místico y vidente.

Andrés Bello, Ventura de la Vega, Miguel Antonio Caro han poblado las selvas americanas de musicales sonos traducidos de Virgilio, principalmente el último que ofrendó toda su devoción juvenil, todo su vigor artístico, a la magna tarea que brotó como una catarata de bien talladas octavas reales y otras bronceadas estrofas. En la patria de Martí que con robusto pulso templó el laúd del desterrado, nostálgico de épicas luchas, se destaca el virgiliano Antonio Guiterá. En México traduce las EGLOGAS, con clásica frase, Joaquín Arcadio Pagaza.

«En los dos grandes cantores de la independencia americana, como lo ha observado Antonio Gómez Restrepo, insigne hombre de letras colombiano, Olmedo y Bello, se advierte la influencia virgiliana; en el primero, en rasgos sueltos de su famoso canto a Bolívar; en el segundo, en la concepción de sus Silvas americanas, en el arte aprendido en las Geórgicas, de dar a la poesía de la naturaleza un alto sentido patriótico y educador; de unir los recuerdos heroicos con la pintura de las faenas rústicas; de ennoblecerlo todo con la magia incomparable del estilo. Bello invocaba a su futuro «Marón americano»; él lo fué en esfera más modesta; no como rival, que esto no es posible, sino como discípulo afortunado de Virgilio, a la manera de André Chenier en Francia».

Vidas raras y fecundas

La vida de Virgilio, si se toma como la de los espíritus audaces que han fatigado la aventura, es poco interesante: obscuridad de aldeano modesto, aficionado al estudio, procedente de pueblo humilde, en donde fué víctima de la soldadesca. Después su amistad con romanos distinguidos. Luego la muerte, relativamente en hora temprana.

¿Qué podría aprovechar esto a la humanidad? Más que lo que pudo predicar con el ejemplo, ya que su moderación no lo permitía, lo hizo con el aguzado extremo de su punzón, burilador de versos fulgurantes y delicados. Sus obras, por la luz de belleza que irradian, han vuelto inmortal al inextinguible y laborioso vecino de Mantua. Además, el íntimo conocimiento de la tierra, la piedad de su alma, el fuego nacionalista, la exultación de la agricultura, fuente inagotable de riqueza, le convirtieron en artista de todos los tiempos.

Sabio fué el programa ministerial de Mecenas: dar, por medio del arte, prestigio a la agricultura. Todavía los gobiernos de verdad, a través de las centurias, piensan en ello, reforzando la primitiva actitud de César y la campaña de Augusto.

Mecenas, el opulento Ministro de Instrucción Pública, amigo caballeroso del talento y del arte, que ha pasado a la posterioridad entre volutas de incienso, para infundir ejemplo a los Sierras, Vasconcelos, Segredas y otros celosos funcionarios que atrajeron a los peregrinos del ideal y difundieron con mano abierta sus obras, fué partidario, no solamente de la tenaz labranza de la tierra, elevada

a rito patriótico y de arte, sino del deporte que robustece el músculo. El pulcro y educador ciudadano de la Roma eternal y máxima jugaba a la pelota, a la sombra quizá de los bosques de su regia mansión del monte Esquilino.

No de otra suerte infunde admiración contemplar, entregados a los ejercicios físicos, a esos inmensos y octogenarios americanos como Rockefeller, Edison, Ford, millonarios en los beneficios, fundaciones y altruísmos que, con gentileza de Mecenas, arrojaron al mundo. Cuando pienso en los bienes que le han hecho las montañas de oro de aquel santo moderno llamado Rockefeller, que entona las oraciones de la filantropía, el alma se sorprende y anonada ante tan innumerables acciones provechosas, la menor de las cuales es más allá de suficiente para conquistar los cielos de los poetas, a cuya puerta Virgilio se despidió de su inmenso discípulo florentino, y las bendiciones de la historia, en la sucesión de los milenios. Ningún país de la tierra, inclusive el corazón del Africa; se ha privado de las mercedes del Crespo que, desde el año de 1913 en que fundó la Dotación Rockefeller, ha gastado más de ciento cincuenta millones de dólares en remediar las desgracias de los pueblos, contribuyendo poderosamente a extinguir en el planeta muchas terribles enfermedades, incrementando la ciencia médica, sosteniendo instituciones sabias y de experimentación, protegiendo la salubridad, abriendo hospitales, vigorizando la higiene universal, saneando puertos y ciudades. La fiebre amarilla, la malaria han sido combatidas vigorosamente. Guayaquil quedó inmune en virtud del sabio Hideyo Noguchi, mártir de la ciencia que murió en

Ancra, ciudad de la Costa del Oro, cuando en el Africa occidental se entregaba a profundas investigaciones para vencer el temible vómito prieto. La uncinariasis ha sido atacada en sus reductos. ¡Qué caudales tan principescamente empleados como los de esta encarnación de Mecenas y Médicis! Han servido a su patria y a la humanidad. El hambre y la muerte han huído gracias al dólar de aquel anciano venerable, fuerte como un roble, que todavía ágilmente se entrega a deportes como el golf.

Para estos varones raros deberían destinarse las epopeyas de los bardos. La estética ha de encaminarse a la redención humana. Si Horacio, con la delicada distinción del genio, plantó epistolariamente, un árbol calófilo para la privilegiada familia Pinsón, Virgilio acertó a legar al mundo la realidad hermosa de aquel código, en íntima comunión con la naturaleza, escribiendo poemas inmortales, en los que clara y armónicamente se aprecian la expresión y la representación de las obras de arte. Su fino tacto le aconsejó huír de dos escollos a cual más difícil de salvar: la abstracción pura y el utilitarismo dominante. Fundado, como descendiente de agricultores, en la observación objetiva, sublimó sus versos con el encantador idealismo, que, en peregrinación subjetiva, entra a considerar el llanto de las cosas y borda, en telas impalpables, imágenes y episodios, fábulas y leyendas, sin apartarse por esto del realismo que inclina a palpar las maravillas de los reinos vegetal, zoológico y mineral en sus nobles manifestaciones, por prosaicas que parezcan. Y a todas les infundió alma, empapándolas en las quemantes lágrimas que añoran el pasado.

Senectud radiosa

¡Qué bienes para el mundo, de vivir hasta la senectud Virgilio!

Un anciano sublime fue acusado de degeneración senil. Los codiciosos parientes propagaron la calumniosa especie de que el viejo estaba loco. Pedían el juicio de interdicción de bienes. El varón augusto, que había llegado a los ochenta años, se defendió leyendo ante sus jueces fragmentos de su Edipo. Tal el caso de Sófocles, el de radioso cerebro. El Tribunal sentenció que quien había escrito tan bella y concertada tragedia tenía el talento más equilibrado de Atenas.

Viejísimo era Víctor Hugo, cuando acometió la empresa de cantar seculares y nobles cosas, admiración de las generaciones.

Sobre la vejez serena y grande ha escrito páginas lozanas el anciano Montaigne de los inmortales "Ensayos". Viejo ya Clemenceau, el Tigre, todavía tuvo vigor para defender a la Francia. Octogenario era Anatole France cuando solicitó ir a los campos de batalla. No dejó la pluma casi hasta agonizar. Viejísimo es Armando Palacios Valdez y acaba de componer un jugoso libro. Podríamos citar cien viejos de sorprendente actividad cerebral, que no reposan en su apostolado cosmopolita.

Rindamos parias a la vejez que trabaja y que lucha sin descanso, dando ejemplo a tantas perezas mentales jóvenes, tempranamente agotadas, quizá, por los vicios.

El año de 1930, la juventud universitaria de Cuenca pidió que no se le removiese de su cargo

al doctor Remigio Crespo Toral, que se halla, por su edad, comprendido en la nueva Ley de Jubilaciones. El lozano viejo todavía labora en la cátedra y en la tribuna, y asistió al Congreso del citado año como senador, aunque no siempre en él dió ejemplo de altivez batalladora. Todavía leemos sus escritos y oímos su voz docente, viva por la llama del patriotismo.

No han de perder las modernas generaciones azuayas las enseñanzas que está en potencia de difundir el poeta insigne por muchos años aún.

En la historia romana hallamos viejos venerables que no desdeñaban ni el estudio ni el trabajo. Nevada la cabeza, su corazón era un volcán.

¿Cómo hemos de retirar de su trono a la experiencia, porque una ley así lo dispone?. Si el anciano se siente con bríos para propagar sus conocimientos que no fueron improvisados, sino fruto de madura preparación, dejemos a la patria el sostén de esos robustos robles bajo cuyo frondoso ramaje los mozalbetes pueden aprender mucho. La raza nos da nobles normas: no fue chiquillo Don Quijote cuando se le puso entre ceja y ceja la desafortada empresa de enmendar los torcidos caminos del mundo y viejo fue Pizarro cuando, en épica resolución, se vino a estas tierras desde la Isla del Gallo.

Si se le hubiera jubilado por razón de edad, adiós conquista de un rico y poderoso imperio.

Poesía agrícola

Si las GEORGICAS no fueran, no obstante su preciso tecnicismo, atractivas e ideales, se confundirían con cualquier plúmbeo tratado científico o aburrido manual de agricultura, libros que habrían

sido olvidados pronto. Pero su actitud calipédica, la supremacía fecunda del arte, mueven a que la humanidad, puesta de pie, húmeda la pupila de emoción, exclame: Virgilio realizó las empresas pulcras y buenas, consumando el prodigio de crear. En los siete años de su burilamiento docente, nos encumbró por países de ensueño, en medio de su pasmoso apego a lo real, plástico, decorativo, gráfico en el epíteto.

¿Qué otro talento, ufano y triunfal, habría paseado con firme planta por los solares de su patria, predicando métodos de cultivo, describiendo instrumentos de labranza, insistiendo en plantaciones diversas, cuidados de la vid, el olivo y los arbustos de prometedores frutos, aleccionando en la curación de toros, caballos, ovejas y cabras, en el alejamiento de plagas que mortifican al ganado, poniendo su atención en los perros, deleitándose en la cría de las abejas, la reparación de enjambres y otros temas de grávidas tecnologías que la agricultura y la veterinaria consultan somnolientas, cuando Virgilio no los trata?

Virtudes virgilianas

Cinco son principalmente sus altas virtudes éticas y mentales, en la amplitud de sus merecimientos: su amor intenso a la naturaleza, su admirable dón poético, su hondo patriotismo, su comprobado espíritu didascálico y científico que tanto se adelantó a su época y la profunda piedad de su alma mística, que ungió con santo óleo reverencial tradiciones y sagrados ritos, desentrañando la ternura de las cosas y el llanto de todo lo que se esfuma.

Desde niño, en las comarcas de sus mayores, fué grabando la inclinación a las faenas del campo, que dilataban de alegría su pecho.

¡Cuántas veces sus manos infantiles, las que cincelarían orfébricamente los rítmicos seis pies, habrían repetido sus caricias al arado! ¡Cuántas sus ojos que vieron abismados las leyendas de Troya y las angustias de la enamorada Dido, se habrían deleitado en seguir el vuelo de lasavecillas en la floresta y comprobar la promesa de los nidos!

Las mesas de sus heroicos huéspedes se sustentaban en asientos de césped. Los festines de Eneas abundaban en los dones de Ceres y en los júbilos de Baco. Las entrañas de los toros eran viandas repetidas. Eneas solía sentarse en «solio de arce cubierto con la peluda piel de un león». Con troncos de árboles y enormes piedras Alcides atacaba al monstruo que en negra caverna aprisionaba a las becerradas.

La naturaleza discurre por todas partes en las nítidas hojas virgilianas.

Toda aquella poesía rústica de establos y rebafios penetró como alucinada visión, en lo más íntimo de su sér, acentuando la vocación eglógica, que le imprimiría blasón insuperable. Las églogas le abrieron las puertas del templo de la fama. Ellas permitieron que estrechase la mano de personajes como Mesala, Galo, Varo, Polión, Mecenas, Octavio. Aliento de juventud hay en ellas, como que fueron el primer tributo intelectual que el hombre de sano corazón nunca olvida. Afirman que sus dulces e idílicas boyeras le ocuparon siete años de los mejores de su vida. Títiro, Melibeo, Galatea, Coridón, Alexis, Menalcas, Dametas, Mopso, Cro-

mis, Mansilo, Tirsis, Damón, Meris y otros pastores desfilan haciendo gala de sus generosos pensamientos. La gratitud les embarga y el noble sentimiento hincha sus pechos. La altivez se hace ostensible, de modo que resueltamente censura los abusos de la fuerza. ¡Cómo abomina el horror de las contiendas civiles que son la ruina de los labradores! Las alegorías se suceden, fatigando la fantasía de los comentadores, como ha sucedido con la cuarta Egloga, dedicada a Polión, que ha sido fuente de los más extravagantes delirios, junto con las conjeturas más audaces. Han brotado nuevas Sibilas de Cumas para profetizar cuanto les dictaron la creencia y la esperanza. ¡Cómo echar sombras sobre la tersa claridad viagiliana? Si algunos años más hubiera vivido Virgilio, caído tempranamente en Brindis en media centuria, acaso habría burilado otro himno para Druso, acordándose de la época juvenil del poeta en que seguramente le repetía: «Ya el tiempo de la gloria está presente; alcanza el laureo y cíñelo a tu frente», según el dístico del infortunado marino Manuel Montes de Oca. Locura es dar otra interpretación a estos bellos y categóricos cármenes que don Eugenio de Ochoa tradujo insuperablemente: «Ya llega la última edad anunciada en los versos de la Sibila de Cumas; ya empieza de nuevo una serie de grandes siglos. Ya vuelven la virgen Astrea y los tiempos en que reinó Saturno; ya una nueva raza descende del alto cielo. Tú ¡oh casta Luciana! favorece al recién nacido infante, con el cual concluirá, lo primero, la edad de hierro, y empezará la de oro en todo el mundo; ya reina tu Apolo. Bajo tu consulado ¡oh Polión! tendrá principio esta gloriosa edad y empezarán a

correr los grandes meses; mandando tú desaparecieran los vestigios, si aún quedan, de nuestra antigua maldad y la tierra se verá libre de sus perpetuos terrores».

Puede ser que el prodigio acontezca cuando, con la experiencia de la tragedia europea, las guerras se despidan para siempre y se consolide el concierto de las naciones; cuando los hombres que ahora devoran distancias y suprimen fronteras, acentúen la paz, sobre un nuevo concepto de la piedad colectiva y de la fraternidad universal. Sólo así la tierra podrá libertarse de sus eternas terrores y se atenuará la vieja e inagotable maldad. Esto también ha de conseguirse cuando se beneficien los campos con religioso afán, como quería Virgilio.

Italia le debe muchos de sus grandes progresos, arrancados precisamente al cultivo del agro. De muy lejos viene la afición: desde la floreciente era virgiliana que propagó conocimientos exactos, eficaces observaciones y difundió enseñanzas delectables y hermosuras pastoriles con paleta magistral. Séneca, Columela, otros especialistas en la didáctica agrícola, recuerdan con amor y respeto a Virgilio, que tanto saber llegó a acumular en prácticas rurales, en arboricultura, en meteorología, en astronomía, en veterinaria, en apicultura.

Su civismo, que raya en efusión sagrada, se exalta al cantar las grandezas de Roma. Desde este punto de vista, «La Eneida» fué obra religiosa de profunda veneración en el apogeo de aquel pueblo, como para egipcios y caldeos los libros de los muertos y de los espíritus, para los indostáticos, «Los

Vedas" y entre los chinos el que arregló Confucio. Fulgura en el altar de los persas el Zend-Avesta, como entre los musulmanes El Coran y entre los cristianos La Biblia, formidable excelencia de libros que ha inspirado a todas las literaturas, como un código de la inteligencia humana.

Al par que sus arrebatos patrióticos, brotan las ternuras de su corazón. El afecto que profesó a su padre está viviendo en la visita que el piadoso Eneas hizo al anciano Anquises, quien le muestra la futura prosperidad de Roma, sus ilustres descendientes. A cada momento se enfervorizan su civismo, la virtud heroica, el desprendimiento, en pasajes que son modelo de elocuencia y de valor moral. Osténtase la idealidad sagrada con el bosque de Idalia y la mansión de próceres y altruistas: los campos Elíseos. Allí recobran todo su frescor los ritos religiosos, o Poticio preside a los sacerdotes, conduciendo reverente el fuego sacro. Entonan los Salios sus cántigas. Los sacrificios y las optaciones se suceden.

Tacto concedido a pocos mortales, el atinar a bendecir las positivas labores del campo, mezclándolas con creencias populares y episodios llamativos, a fin de atraer más al vulgo y cautivar progresivamente a los doctos. De suyo es uno de los más resonantes triunfos vencer el cansancio en arte, sobresalir dando un puntapié a la pesadez y el prosaísmo, matar con atinadas y seductoras digresiones el fastidio, no obstante haberse familiarizado con objetos tan humildes que parecerían huír de los cármes floridos, como ruborizados de su pequeñez.

Adjetivación Virgiliana

Los epítetos que matizan la frase son hijos de la meditación y la medida; dan el colorido propio y sintetizan largas descripciones. El dón de adjetivar así es suprema aristocracia del genio.

Nunca se estudió con más encantador afán el reinado de las abejas que en los versos de Virgilio, tan hondamente conocedores de la armonía. Dominó la vida de los insectos y se mostró indiscutiblemente docto en ciencias naturales.

Fija desde el lugar apropiado para las secretoras de miel, hasta el arreglo de las colmenas, las enfermedades de los enjambres, los botánicos remedios y el secreto que para obtener abejas arrancó a Proteo el pastor Aristeo, por consejo de su madre Cirene. Respeta Virgilio la tradición: por medio de la fábula y de la tersura de sus versos narra la pasión de Orfeo y Eurídice. El poder de su observación no le impide apartarse de las creencias populares, ya que su móvil artístico y de propagación es grabar en las almas sencillas el amor a la naturaleza.

De todo dedujo sabias enseñanzas para las esferas políticas, sociales y éticas, encumbrando a la ciudadanía, en medio de adjetivos que son pinceladas deslumbrantes.

La bandera de la nacionalidad tremolada vigorosamente por Virgilio, no ha sido arriada todavía, para gloria de la pujante raza latina. Se me parece personificada en un nuevo fortísimo Umbro, «sacerdote de la nación Marruvia, ceñido el yelmo de ramos de feliz oliva, el cual solía adormecer con el canto y con las manos a las víboras y a las hidras de ponzoñoso aliento y aplacar sus iras, y tenía el

arte de curar sus mordeduras». ¿Qué himno mejor, a través de las edades, que la poesía romana y el arte italiano? ¿Qué mano más hábil que la de los latinos para sacar de la tierra los remedios para el hambre y las enfermedades? ¿Más felices que los que se curaron con las yerbas de los montes Marsos, los italianos son bravos como Turno, el de triple y crinado penacho y dulces como el troyano Eneas.

El Cultivo de la Tierra

Virgilio está augurando, después de dos mil años, noble ejemplo: la aureola que rodea al que cultiva la tierra. El que a esta labor positiva se entrega, regándola como en la parábola de la Pampa de Granito, con las lágrimas del esfuerzo y de la voluntad, contribuye al bienestar nacional. Los buenos ciudadanos son los que prestigian el agro y transforman el aduar. Vincúlase la patria a la tierra. Quien la adquiere amorosamente y la explota con manos cariñosas, es como si echara raíces en ella y la volviera vistosa con las más selectas plantas y la melificara con los más sabrosos frutos. La tierra fundamenta patrias, con solidez tal que vence al despotismo de las armas. Quien a la tierra confía el sudor de su frente, murmura sublime oración que no apaga ni el estrépito de los cañones. Virgilio nos lo ha comprobado espléndidamente. Las legiones militares pasaron: mántiense ufanas las de los labradores, dispuestos a defender con su sangre lo que les costó tantos desvelos personales, desde el alba hasta el véspero.

La guerra se aleja de los campos cultivados, porque cada propietario es un centinela, firme y dis-

ciplinado como un romano, que permanece obediente a la consigna, aunque le sobrevenga la muerte.

— Condénó Virgilio las depredaciones de la pica pretoriana y sólo magnificó el trabajo honrado y pertinaz, soportador de inclemencias y asperezas.

— Crimen atroz la ociosidad, engendradora de vicios que acarrearán descrédito nacional, miseria en hogares y pobreza pública.

Cuando el amor al cultivo del campo arraiga, a las poblaciones prosperan, se transforman pronto y gozan de la sólida vida independiente, que remunera al hombre sus desvelos. Otras atracciones del oro son efímeras. Codicia y ambición se dan la mano para precipitar al abismo al político y al burócrata que escucha los adulos de esos fantasmas. La verdadera mina dilata sus yacimientos venturosos cuando se labra la heredad, al són armónico de la canturria eglógica.

No ha sido aún acallada por el empuje de los que se tientan con el mundanal ruido de las urbes absorbentes y de las cortes corruptoras. La grandeza de Italia hasta en nuestros días, de la agricultura que ennobleció Virgilio dimana. Está él inagotablemente hablando a los sembradores, cual una amable Sibila de los campos de Ceres, que saluda a los más solícitos custodios de la riqueza de los pueblos: los agricultores.

Tócale vivir bajo el imperio de la paz, bajo el patronato de quien se empeñó en adormecer sagazmente los odios tradicionales, en implantar buenas costumbres, después de tanta corrupción cesárea, en robustecer el sentimiento nacional, sin el que es imposible la floración del estímulo y progreso, que transforman el erial en vergel de la abundancia.

Agradecido a su benefactor Augusto, acertó el bardo a forjar esta férrea constancia de su alma en el yunque de su genio, arrancando, al golpe formidable de la inspiración, el fuego de la poesía, cuyos fulgidos lampos enardecieron su cariño patrio, que le permitió esbozar al Monarca de la Señora del Mundo consejos pacíficos.

La Herencia de Virgilio

Mil veces bendito el sabio mandato de salvar de las llamas implacables la Eneida. Como era natural, Vario y Tuca obedecieron al pie de la letra. La posteridad, que los aclama, ha escrito sus nombres con estrellas.

Merced a la terminante orden augustal, las generaciones han podido conservar el relicario intelectual que después de dos mil años está intacto, cual testimonio inmanente de que no mueren ni la naturaleza, ni la patria, ni la belleza, que son amor, bondad y aristocracia eternas.

Vivió Virgilio en inefable contacto con los cielos estrellados que por manos del duro Atlante, que con su cabeza los sustenta, derraman cascadas lunares; vivió gozando con la melancolía de las tardes que acaricia el rabel pastoril y arrulla la flauta de Pan; vivió atento al despertar del alba que el rocío refresca, esparciendo el cofre de sus perlas sobre la simiente que germina; vivió escuchando la música infinita de los mares, de los vientos, los ríos y las fuentes; vivió halagado con la quietud de las cabañas, junto a los rediles, siempre protegidos de las asechanzas del lobo de rabia prolongada y de sangrientas fauces.

Publio Virgilio Marón es el redentor de la belleza cosmopolita, porque auscultó las recónditas entrañas de la naturaleza, para elevar el corazón de los que hasta ella se inclinan saturados por el hálito del trabajo, el único que proporciona bienestar, vigoriza y purifica, porque extrae de las entrañas de la tierra los frutos que la humanidad bendice.

Por esto la civilización, en miles de siglos, no debilitará sus alabanzas merecidas al poeta favorito de la naturaleza, altísimo como los albos penachos del mundo que desde los Alpes, los Apeninos y los Andes van a besar el cielo.

América a los cien años de la muerte de Bolívar

La crítica interminable

En las repúblicas de América es triacal la frecuente pregunta de si subsiste la democracia, a fin de que se robustezca el espíritu cívico, ya sea que el optimismo nos anime; ya sea que los hechos reprobables nos empujen a desconfiar de la fidelidad de los hombres y de los trastornos políticos.

Saludable es la crítica en la historia: ella aplaude y condena; a la luz de la imparcialidad, sopesando el momento preciso de los acontecimientos y el teatro en que se desarrollaron. Pronuncia su fallo abundando en pruebas.

Al analizar el deslumbrador vocablo libertad, se fija si sólo es brillantemente nominal o si en efecto gozan de ella los pueblos.

No hemos de contentarnos superficialmente con que la forma continental sea la republicana: es preciso que se respeten, con religioso escrúpulo, las garantías individuales y que las muchedumbres disfruten de la libertad para cumplir los deberes de la ciudadanía, especialmente los del sufragio, función que alguna vez ha de dejar de competir con los mi-

tos más grotescos. Entonces, y sólo entonces, podremos sostener que vivimos, si no en república platónica, siquiera en un vasto remedo de ella.

No nos alimentan utopías, sino realidades. Si los Poderes Públicos abundan en ejemplos de estricto obedecimiento a las leyes, empezando por la primordial: la Constitución, se dirá que América no vive en República nominal. Si no se respeta ni el pensamiento libre y si la tranquilidad pública sufre frecuentes sacudidas nerviosas, ¿qué pensar del nuevo mundo?

¿Bastan cien años del ejercicio de la mejor forma de gobierno para que cese el furor de las pasiones, se mitiguen los odios políticos y surja radiante la memoria de los hombres extraordinarios, redimida ya en el crisol de la crítica de las generaciones?

La vida es breve y la humanidad tan caduca, que parecería sobrar la centuria para el detenido análisis. Con todo, el estudio de las cumbres resulta interminable, si se considera la volubilidad de los pueblos y el devenir de las opiniones, susceptibles a cada paso de errores. De todas partes se divisan las gigantescas montañas y la inquieta curiosidad se ve tentada a acercarse y contemplarlas, a profanarlas quizá, con apreciaciones múltiples y contrapuestas.

Y entonces no bastan los milenios para el comentario prolijo y la interpretación de las obras colosales.

Mentes que limitan con el firmamento, encumbradas cimas como Bolívar, que son observadas de todas partes del mundo, han desatado tormentas y han sido testigos de fulguraciones de Tabor.

y de siniestros relámpagos de Calvario. Todavía no se acallan los últimos truenos y quedan algunos exigentes censores, como el historiador pastense doctor Sañudo, como D. Mariano R. Martínez, autor del libro «Simón Bolívar Intimo», como el doctor Diego Carbonell que en París, con fines de modernidad científica, trató desnudamente de la psicopatología de quien hace veinte lustros y en un día como hoy, lanzó su último suspiro en la histórica Quinta de San Pedro Alejandrino, que es santuario para América.

Aunque el derecho a pensar y juzgar es infinito e inalienable, tal vez en lo sucesivo suenen sólo voces aisladas que irán a perderse en el vacío, aun cuando nada de lo que produce el pensamiento se desperdicia, porque las ideas no mueren, según lo expresó Sarmiento.

También cesará la manía de las comparaciones, que a veces irrita, y el prurito de desconocer altos valores como el de San Martín, el luminoso temperamento sin ambiciones, el inmenso libertador argentino.

El inquebrantable amor a Bolívar me inclina a no dudar de que ya es definitivo el juicio que la posteridad ha pronunciado sobre el genio, a través de las luminosas páginas de Montalvo y Rodó y de las cien biografías y estudios monográficos, levantando, cual elocuente comprobación universal, sobre el corazón de España y América, la excelsa urna cineraria de Bolívar, que sucumbió como hace tanto tiempo dijo Alberto Urdaneta, «adolorido por los desengaños, enfermo de cuerpo y palpitante el espíritu al recuerdo de sus gloriosos hechos y al fuego de sus gloriosas virtudes».

El duelo de América

Ante este enorme dolor, parece no haber salido todavía de su asombro, cual si el desgarrón de sus entrañas le aproximase a la locura. Atónita ha quedado, entregada a sus delirios, como si, falta de protección paternal y juicioso consejo, se hubiera abandonado en cien años, cegada por el pesar y la orfandad, a los más raros destinos. El alarido de su duelo se ha prolongado lúgubre, espantablemente.

Los simulacros fratricidas, de asonadas, tiroteos y golpes de cuartel han sido su frecuente entretenimiento, como si debilitarse fuese plan económico. Se han sucedido las constituciones de los pueblos, en la bárbara vesania del ensayo, entregados al juego interminable de apuntar para la fatal caída a los que están arriba y de subir a los que se hallan abajo, llámense conservadores, liberales, blancos, colorados o azules. Y de nuevo a empezar el ejercicio, como el de Sísifo, arrastrando y ascendiendo, alabando a los felices y motejando a los que no han logrado buen éxito.

Mientras blanquean con huesos de guerreros vastas campiñas, inmensa zonas siguen despobladas, en uno como paraíso terrenal con pocos ángeles y muchas sierpes. Pide habitantes la política de América, que recientemente se ha dado cuenta de los beneficios de la vialidad que Bolívar proclamó. «Gobernar es poblar», dijo el ilustre argentino Alberdi, echando las bases de lo que ha de ser una excelente administración, que crea poblaciones para que la riqueza se centuple.

Con todo, en el feraz Nuevo Mundo, que se diría un desierto en comparación con las comarcas que huella la planta humana, la tendencia ha sido el exterminio, la feroz matanza, en uno como tropicalismo enfermizo que imita la absorción de su naturaleza. ¿Qué millares de existencias segadas fueron en la América con la guadaña revolucionaria en un siglo? Las pérdidas económicas se elevan como una siniestra torre de Babel. Con las revueltas para debilitar más la cohesión americana, han surgido los regionalismos, las rivalidades entre miembros de una misma familia. Han salido a relucir, como en fratricida desafío, glorias pequeñas, fechas minúsculas, comparaciones irritantes que enervan la unidad nacional, que disgregan sus fuerzas, como si el dilatado y querido solar se dividiera en ridículas parcelas, en las que se tremolasen banderas hostiles y provocativas, capaces de ofuscar el gran todo.

¡Cómo desde la escuela se corrigiesen esos vicios, acostumbrando a los niños a remover obstáculos en interés común, sin egoísmos aldeanos, a ser amplias almas de lucha por el bien público, a arraigar las convicciones nacionales para proceder a conciencia, disciplinados por la patria, depurados de vanidades seccionales!

La enseñanza del fracaso

En la historia americana ha de ser una lección la de Pativilca, en la que Bolívar, en medio del fracaso y la derrota, sólo pensaba en vencer, como en los anales ecuatorianos los únicos gigantes que sorprenden por su actividad y energía aborrecido-

ras de la indecisión, han sido García Moreno y Alfaro. De ellos nos han quedado ejemplos tangibles que demuestran que se resolvieron briosamente, contra viento y marea. Fueron verdaderamente varones, en medio de tanta cobardía femenina, de tanta media tinta, de tantos inofensivos que suben, y suben empujados por la marea; pero que no han sentido el oleaje de las pasiones, el rechazo del odio, las acometidas de la envidia, las tempestades del combate, altivos y solitarios como firmes rocas en medio del océano político de miserias e ingrati- tudes. Las mediantías gloriosas e indecisas jamás han sembrado profundamente su nombre en los anales de un pueblo.

Triunfó García Moreno con su gran carretera; Alfaro triunfó con el ferrocarril del Sur. ¡Imaginaos la negra suerte del Ecuador sin esas dos obras!

Bolívar, cansado física y moralmente, pensando en el porvenir de América y en la esterilidad de la humana obra libertadora, proyectaba un viaje a Europa, a fin de que desapareciese el pretexto de porfiada ambición política que se le suponía. El mensaje de separación del mando que dirigió al Congreso fue aceptado por la corporación que no podía ocultar su deseo de que se alejase del Poder quien le hacía tanta sombra.

Afecto de los quiteños a Bolívar

En tan dura prueba, como desgranamiento de rosas de afecto, sobresale un rasgo de amor y gentileza de la nunca desmentida hidalguía de los quiteños: su invitación a que viniese a pasar en Quito el resto de sus días, que realmente ya esta-

ban contados por el implacable destino. La flor y nata de los quiteños rogaba al Libertador que se acercase a vivir en sus corazones «y a recibir los homenajes de gratitud y respeto que se se deben al genio de la América, al Libertador de un mundo».

Ensombrecida el alma, al recuento de tantas ingratitudes, salió de Bogotá el 8 de Mayo de 1830, dejando entre sus pocos amigos leales el triste vaticinio de su última despedida. Tenaz presentimiento musitábale que no tornaría nunca más a la ciudad en la que tantas impresiones dejaba, inclusive la de aquella trágica noche septembrina en que estuvo a punto de perder la vida, que la salvó gracias a una heroína: la apasionada mujer ecuatoriana Manuelita Sáenz.

Suave y lentamente conducíale su caballo favorito hasta el pueblo de Honda. De allí ha de dirigirse a Cartagena, acariciando su idea de acallar los oleajes políticos con los rumores del océano. Luego irá a Barranquilla, y cambiando de dictamen, en vez de alejarse de América, su último hospedaje será Santa Marta. Su salud se resentía en desesperante progresión. Pobre viajaba el coloso que tuvo en sus manos la suerte del Continente y pudo disponer de millones. Apenas llevaba diez y siete mil pesos; con dificultad reunidos y hasta con el sacrificio de su vajilla de plata. Delicado su organismo, vacilante su ánimo, cabizbajo y meditabundo se hallaba en modesta casa del Pie de la Popa esperando en vano hacerse a la mar, cuando supo lo muerte de su dilecto camarada, el Mariscal de Ayacucho, unido con él en espíritu y caballerosidad, sin que sospechase que también le ligaban

lazos de sangre. Ante golpe tan tremendo, no hubo más enérgico bálsamo que un nuevo saetazo: el del Ministro Azuero, que fue el suceso que más le afectó en su vida, por propia confesión.

Mágico lenitivo a sus dolores materiales y a los quebrantos del alma, la resolución del Congreso del Ecuador que le proclamaba «Padre de la Patria». Este cordial sincero debió llenar de ternura su lacerado pecho.

Eclipsábase en su frente, tempranamente arrugada, la aureola de la juventud, marchita antes de hora por los padecimientos. Su cerebro era un volcán. En su corazón iba entrando, cada vez más cruelmente, el filo de traidora daga: la ingratitud, más temible que la muerte. Cuarenta y siete años y medio alcanzó a vivir el guerrero que desde su alborada juvenil, como Alejandro, había conquistado cien pueblos, no para someterlos, sino con el objeto de libertarlos. Existencia tumultuosa y fecunda en proezas, que no se vio recompensada con las supremas serenidades de la ancianidad ni del reposo, en un hogar de quietud bíblica, abundante y patriarcal. Su acerado temple, enmohecido y endeble moralmente, fue subyugado por la malicia de los hombres.

Bolívar y los médicos

Con la despreocupación propia del genio, que le parece baladí detenerse en su persona, no mantuvo la fe en la medicina. Se mostró enemigo de los remedios y drogas. Con gracejo lo manifestó así al doctor Moore, que le había prescrito un vomitivo con tártaro emético. «Este doctor está

siempre con sus remedios y sabe que yo no gusto de drogas de botica; pero los médicos son como los obispos; aquéllos siempre dan recetas y éstos bendiciones», son símiles que constan en el «Diario de Bucaramanga» de Perú Lacroix. La historia no ha conservado pormenores acerca de todos los médicos de Bolívar. Existen apenas unas pocas conjeturas de la mayoría de ellos. Se reprueba el rencoroso diagnóstico que le hizo el doctor Arganil, tan amigo de refrescar las ideas científicas de Pinel. En la ciudad de Mérida, Venezuela, escribió un curioso folleto el entonces Rector de la Universidad acerca de la incógnita de los médicos de Bolívar.

«En 1829, dice, por agosto, la «bilis nerviosa» de que Bolívar habla desde Guayaquil al doctor Vergara, será el preludio de aquella recia congoja de Santa Marta. Para aquella época, según lo escribe el diplomático Bresson en notas cuya copia he leído en los papeles del historiador Villanueva, «la depresión de Bolívar sucedía a la energía: dijérase que es la agonía de una gran alma».

Célebre es el médico normando que recogió el último suspiro del Libertador; pero también poco se conoce del doctor Alejandro Próspero Reverend, que en 1824 zarpó desde El Havre en un buque inglés y llegó a Santa Marta. Se educó en París y fué discípulo del doctor Dupuytren. En contra del diagnóstico del doctor Reverend y de la autopsia que practicó al cadáver de Bolívar, el doctor Rodrigo Chacón cree que murió a causa del paludismo, acentuando la manera de pensar del doctor Night. «Los médicos americanos, añade, en lucha abierta constantemente con el paludismo, lo ven donde él existe, aun en los casos más oscuros. Bien cla-

ramente se ve que el doctor Night, comprendió a primera vista que el Libertador era presa de una FIEBRE PALUDOSA, y esto lo prueba su primera receta con *sulfato de quinina*, sin dejar de convenir con el doctor Reverend en el mal estado pulmonar del enfermo: y es de sospechar que él viera en aquel caso una complicación, es decir un tísico atacado de fiebre renitente, y creyera que la enfermedad aguda debía combatirse primero, sin dejar al paciente algunos pectorales». Para el doctor Carbonell, no hay punto de comparación entre la valía del doctor Reverend y la mediocridad de Night que era apenas cirujano de una goleta, la «*Grampus*». Con firme convicción, agrega: «Reverend no se equivocó un instante; y cuando el General Mariano Montilla le preguntó que cuál era su concepto sobre la enfermedad del Libertador, contestóle que se trataba de una «tisis pulmonar llegada a su último grado», lo que está corroborado hasta la saciedad clínica, por el famoso Diario que comienza el 1º de Diciembre de 1830, a las ocho de la noche y termina el día 17 del mismo mes a la una p. m. con estas palabras: «Respiración anhelosa, pulso apenas sensible, cara hipocrática, supresión total de orinas, etc. A las doce empezó el ronquido, y a la una en punto expiró el Excelentísimo señor Libertador, después de una agonía larga pero tranquila».

La Agonía de Bolívar

Bolívar, el magnánimo, varón de entereza y total desprendimiento, que tuvo, nuevo titán de la tragedia humana, como Atlas, el cielo americano con sus hercúleas manos, agoniza sumido en negros infortunios de alma y cuerpo, en la soledad de ajena quinta. La leyenda, con pluma filosófica y pintoresca a la vez, ha referido que no poseyó ni una camisa para cubrir sus carnes debilitadas por los sufrimientos físicos y morales que agotaron, con su abundante peculio, el caudal de su juventud.

Columbró el previligiado cerebro, de visión profética, que su empresa sobrehumana no sería la redentora de los pueblos, que siguen explotados por la plutocracia y escarnecidos por el remedo de libertad que todavía mantiene en terribles mazmorras a la conciencia, víctimas del grilleta de la ignorancia, esclavizados por el fanatismo, porque los Gobiernos de América no quieren acordarse de la escuela; preocupados sólo en abrir las arcas del tesoro oficial para proteger a unos cuantos infelices. Todavía, como en Bolivia y en otras Repúblicas, se les adeuda meses de sueldo ínfimo y se les destituye, si protestan, a los preceptores.

La luz de la verdadera educación no ilumina muchos astros espirituales que aún no son libres ni de sus propias pasiones.

Hudiéndose en los abismos de la historia americana, Bolívar contempló, con su mirada de águila, el futuro del Nuevo Mundo, para apreciar si su obra había tenido práctica resonancia en el templo de las libertades públicas. Escuchó que la posteridad le cantaba cálidos himnos, le dirigía fervidas letanías, derrochaba alabanzas, en medio de una que otra murmuración de historiadores descontentos; vió que se le erigían arcos triunfales sobre maravillosas pechinas; pero comprobó, con pena, que no se propagaban sus acciones, su desinterés, sus virtudes cívicas ni se imitaba nada bueno. Amargamente sonrió al dirigir su mirada a la querida patria, a Venezuela, nidada de héroes, profanada por la bota militar y en manos no de científicos ni de libertadores. Su ardiente fantasía siguió el éxodo de otros pueblos combatidos por la tiranía. Examinó Bolívar, al borde del sepulcro, lo que su potente brazo había hecho, pudiendo vaticinar que casi todo lo santo volveríase sacrilegio, todo lo fecundado tornaríase estéril, por la corrupción de los políticos y la cobardía de las muchedumbres.

Entonces lloró el genio lágrimas de fuego, que cayeron como una maldición sobre los pueblos turbulentos de la América, ajenos a su cultura espiritual, manchados de materialismo y de sentimientos egoístas, aniquilados por el mal crónico del «fachadismo» que ama lo superficial, el aspecto exterior, el engaño brillante, el relumbrón. Y brotó de sus labios, ya marchitos, esta amarga frase, casi apagada por el embate de las olas políticas y pasionales: «he arado en el mar».

La reflexión filosófica no ha sido todavía borrada del Continente por la conducta de muchos pueblos y gobernantes.

La América, no obstante los sueños sublimes del Padre de la Patria, realizados por su clara inteligencia y empeño, sigue debatiéndose en porfiadas luchas fratricidas, en vez de unirse por la comprensión espiritual, el idioma común y el amor a la raza. El derecho es un mito. La fraterna armonía internacional no se fundamenta, porque las miras mezquinas vencen y humillan a los grandes ideales de una positiva confederación internacional, de un estrecho abrazo del Continente. Se recelan unas a otras las naciones. Los problemas limítrofes son todavía gritos de somatén, no obstante la infinita extensión de las comarcas baldías y sin disfrute, la inexploración de las dilatadas selvas, el inactivo correr de los inmensos ríos que en vano esperan ser aplicados a la navegación, al riego, a las industrias; la falta de brazos para la agricultura. Se interrumpen las relaciones internacionales; los pueblos vecinos se odian; en vez de apoyarse en la mutua conquista del progreso y en la salvadora campaña humanitaria que acerque fronteras y destierre epidemias, pestes asoladoras.

En el teatro interno, el desbarajuste es mayor y más cómico.

El adulo ha glorificado a tantos figurones féreos y afortunados que escalaron el Poder. La poesía se ha puesto de rodillas ante la dictadura. Bolívar ha sido vilipendiado con el escarnio de las comparaciones. Se le ha equiparado a Villa, a Gómez, a Estrada Cabrera, a Leguía.

Remedos de constitucionalidad, henchidos de componendas y de iniquidades, cargados de ineptitud, reemplazan, y no con ventaja, a las enérgicas dictaduras, en las que, por lo menos, la acción es palpable y la responsabilidad no se esfuma en la miel de los votos aprobatorios y de confianza. La inutilidad legaliza servilmente lo que debía condenar. Congresos mediocres profanan las leyes y llevan toda el agua a su molino. Se exige que el pobre pueblo mal alimentado trabaje ocho horas diarias y los bien nutridos y remunerados no lo hacen.

La hipocresía republicana se viste de vistoso manto democrático para cubrir sus desnudeces y sus lacras, contenta con la sonoridad de los hombres y el funcionamiento de un parlamentarismo obscuro, aunque la realidad sea otra, y muy triste.

En varios pueblos chicos de América, la función republicana es simuladora: gusta de las apariencias constitucionales, aunque su origen sea viciado. Derrocha en banquetes lo que puede servir a los pueblos para alimentarse un año. Viste de frac cuando los maestros y escolares no tienen zapatos. ¡Cómo le gusta la farsa! Punto capital es el pretexto para pescar a río revuelto, para que se abran las puertas de los empleos, mientras más numerosos, mejor, cualquiera que sea la forma de gobierno. Lo esencial es crear oficinas, canongías, comisiones, recompensas, legiones de empleados.

La justicia es un mito: ladrones y asesinos de honras y propiedades andan sueltos y a veces son premiados con ascensos irritantes e inmorales. El hombre de bien baja la vista avergonzado, al notar que le miran por encima del hombro los audaces

criminales, los afortunados de las trincas, los monopolizadores hasta del intelecto. Los puntapiés vencen al talento; la ineptitud, a la preparación benedictina.

Todo esto, a lo largo de la América, distinguió Bolívar en su recuento agónico, como un cuadro borroso que alguna aurora aclararía, y no quiso reaccionar.

Una Frase Visionaria

Próximo el epónimo héroe a hundirse en el ocaso, intentaba eliminarse, acallar a todos con su desinterés político, a fin de que no tomase cuerpo la discordia de los partidos. Su idea dominante, el futuro de la patria americana. Sus ojos de águila contemplaban los nubarrones que nimbaban el Continente y la anarquía que devoraría a muchas bellas y ubérrimas comarcas.

De poco sirvieron, en la marejada común, los esfuerzos titánicos de los probos varones que recordaban las enseñanzas de Bolívar, tratando de conservar incólume la propiedad adquirida. No faltaron immaculados ciudadanos que levantaron santas cátedras y no palidieron ni ante el sacrificio; pero la iniquidad les venció, señalándoles una cruz torturadora y afrentosa. Lacerada la conciencia, palpaban que la América seguía por tortuosos caminos, sin que ningún holocausto cívico pudiera redimir a la patria naciente, que no atinaba aún a andar con seguro paso, entre la grito de los descontentos y las maquinaciones de los pícaros.

El sublime agonizante, penetrando en la esquiliana lejanía, lanza su postrera admonición:

«Unión, unión, colombianos, o la anarquía os devorará».

Siete días antes de expirar, volvía a recomendar encarecidamente la unión para que los pueblos se salvaran de la anarquía, agregando: «Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro».

¿Cabe frase más tremendamente profética, no lanzada en palenques tribunicios, sino al borde insondable del sepulcro?

De todas partes llegan desahogados combatientes, manchadas las manos en roja sangre cuando no en vil traición, que es el fiemo de las nacionalidades.

América, como la virgen inocente de Quintana, ha sido levantada muchas veces en brazos del caudillismo de credos y colores encontrados. Gigantes y pigmeos de arraigadas convicciones y de audaces imposturas, han osado auparse al Poder. Desde bandidos desalmados como Pancho Villa y otros soldados mexicanos, compadritos como Castro y Gómez, hasta sabios y patriotas, crueles unos a lo García Moreno, humanitarios otros a lo Eloy Alfaro, han desfilado por el ancho panorama de tragedia.

Mientras en el delirio emancipador así se debatían las naciones latinas separadas definitivamente de la coyunda española, tarde irradiaba la estrella de Cuba, desde su hermosa isla, para bogar por los mares de la libertad. Teoría de héroes de la talla de Céspedes, Agramonte, Gómez, Maceo, y el apóstol Martí, seguían, en épica brega, las huellas de Bolívar. Los más cayeron en la maraña, pensando quizá en que la América es ingobernable e irredenta.

¡Y ni en el año del supremo duelo el buen sentido se afianza en el Continente! ¿Por ventura la floreciente y ardorosa Cuba, la más joven de las Repúblicas después de Panamá, no se ha sentido en estos momentos sacudida por asonadas bélicas? Inocentes han caído en Santiago de Cuba, Pinar del Río, Matanzas, en choques con la policía. La muerte del estudiante Rafael Trejo ha sido grímpola guerrera. El Alcalde de la Habana, doctor Miguel Mariano Gómez, ha denunciado tal desequilibrio y violencia, culpando al Gobierno. «La turba estudiantil, ha dicho, irrumpió en todas las calles que rodean mi casa, y al verla acosada y desamparada la abrí las puertas, porque eran cubanos, porque eran conciudadanos, porque toda mi vida, desde que actúo en la palestra pública, me la he pasado luchando por ese mismo derecho, hoy conculcado, de reuniones y de pensamiento». Se pide al General Machado que resigne el cargo.

¿Por qué no hemos aprovechado, como otras razas más felices, de los bienes de la independencia, en perfecta comunión espiritual y actividad física que convierten en jardín paradisíaco nuestros campos y en gigantesco taller nuestros aduares? La víbora de la desunión ha rastreado avizora y envenenada.

Vengan estadistas y sociólogos a estudiar el fenómeno, despiadada, saludablemente, sin recurrir a himnos de adulo ni a vanidosas alabanzas locales.

Desperdiciamos el tesoro en futelezas, en implacables envidias entre connotados y extraños, en delirios de grandeza, forjándonos la ilusión de que poseemos lo que no hemos conquistado; en agrias discusiones sobre temas bizantinos que sólo nos enor-

gullecen por el pasado; en despliegue de métodos científicos y procedimientos pedagógicos que son vana teoría sin acción educadora y férreamente moral; en desarrollár estérilmente decoraciones teatrales de tribuna y oratoria subversivas. Buena es la imaginación, creadora y fecunda; pero América ha confiado mucho en su imaginación, abandonando la realidad dura y prosaica. De aquí algunos de sus fracasos, que se ha contentado con llorarlos con rítmicas notas élegíacas. Diríase que la tristeza del campamento nos atrae, en una como nostalgia de circo romano.

En cambio, ¡cuánta disciplina y espíritu práctico en colectividades del tipo angloamericano, que no se apresuran ni improvisan, porque las cosas las acometen lentamente y después de madura reflexión! Son también imaginativos y románticos; pero la imaginación está al servicio de inventos admirables como la lámpara eléctrica, que sitúan en la cumbre a genios reposados e infatigables como Edison, y su romanticismo se dedica a la filantropía, creando instituciones y universidades asombrosas. Los Estados Unidos, después de su gesta magna, no registran en sus íntimos anales otra revolución que la antiesclavista, que inmortalizó a Lincoln.

En la América hispana el espectáculo es distinto. Por esto, hondamente amargados se han preguntado con desesperación algunos pensadores si fue la independencia un positivo bien para América. Basta la mera formulación del interrogante, cualquiera que fuese la optimista respuesta, para que esta sombra de duda nos llene de estupor y desconsuelo.

Acaso por desobedientes e indisciplinados y por el prurito de improvisarlo todo, carecemos de la preparación indispensable para confortarnos con el generoso vino de la libertad, afiejo y cordial, y nos emborrachamos.

En Defensa de España

En la Colonia, y no por culpa de la Nación que nos asombra con sus heroísmos, sino por prejuicios y deficiencias de la época, el pueblo casi no se educó, porque el odio de castas no lo permitía. A pesar de las sabias leyes, dictadas a la distancia y sin cabal conocimiento del medio, los indios permanecieron casi en igual estado de ingnorancia que ahora.

Es costumbre culpar a España, sin establecer diferenciaciones y apartar a los buenos de los malos conquistadores y colonizadores; pero la brava Señora que pasmó al mundo con sus proezas, no pudo darnos lo que por educación no tenía.

¿Se le otorgó la magnánima venia al criollo para ejercer algún derecho político?. Abruma la indolencia del habitante de ranchos y cabañas. Hasta ahora, rebaños de racionales pululan por las mesetas andinas o por las selvas tropicales, sin que el soplo civilizador les hubiera regenerado ni moral ni físicamente. En punto a higiene, no pocos indios ignoran las virtudes del jabón. Un excursionista extranjero expresó pintorescamente que si el oro se hallara dentro de aquella pasta, el indio moriría pobre. "Las masas populares de América, ha dicho el notable publicista Alejandro Rivas Vásquez, se lanzaron a la cruenta batalla para adquirir

el gobierno propio, obedeciendo, no al sentimiento maduro e ilustrado de la libertad, sino al instinto de la libertad despertado en ellas por sus clases superiores,—brillante, pero abrumada minoría—que se sentían humilladas por la preterición absoluta impuesta por el mando metropolitano, a la vez que ardían en nobles ansias de redimir una Patria, la suerte de cuyos destinos era la propia suerte y de la gente americana”.

En libro sereno, difundido por el Continente y que se aparta de la quejumbre común contra los que dominaron estas tierras, el catedrático argentino José León Suárez consigna lo siguiente: “Es injusto culpar a España por no habernos dado a los americanos lo que no practicaba en Europa; es decir, por no habernos dado lo que no podía darnos. Efectivamente, no tenía reconocidas las libertades civiles y políticas de sus súbditos, ni la limitación de los poderes, ni la percepción y administración democrática de las rentas. Inglaterra dió libertades civiles y políticas a sus colonias de América, porque la metrópoli las practicaba, dentro de un concepto discretamente moderado de la soberanía popular, desde casi tres siglos antes de empezar la colonización. Sería lógico que nos lamentáramos del atraso de España comparada con Inglaterra y con otras naciones; de no haber sido colonizados por ingleses, antes que por españoles; pero es ilógico culpar a la metrópoli, porque no implantó en América lo que tampoco practicaba en Europa. La explotación de las riquezas económicas del nuevo continente; el abuso de los gobernantes, la preferencia odiosa de los peninsulares para los puestos públicos y otros vicios del coloniaje, ni son pecu-

liares del sistema español, ni exclusivos de los regímenes coloniales. ¿Acáso nosotros, hasta hace pocos años, no hemos gobernado mal nuestros territorios nacionales, por que la despoblación, las distancias y la falta de comunicación hacía imposible gobernarlos mejor? Hemos mandado por ventura, no digo siempre, pero siquiera con frecuencia, hasta hace algunos años, ciudadanos elegidos, administradores probos, jueces intachables, a los territorios del sur?" (1)

La cultura todavía no es bello patrimonio democrático. La impunidad es matadora. El sentimiento de la justicia no arraiga. Quiere, en comarcas de América, triunfar la aldea, con todas sus groserías, pretensiones y codicias. Se yerguen gamonales, caciques, *chagras* de muceta, legisladores de opereta a escarnecer, el sentimiento republicano. Reinan el prurito del recelo y la suspicacia, la imposición del círculo, la táctica de dividir para apoderarse del departamento, del cantón, de la parroquia. Absurdas divisiones y subdivisiones territoriales, inspiradas por la maquinación política, vuelven retardatorio el progreso nacional. Paz y fraternidad en América son palabras admiradas y muy repetidas; pero sólo palabras. Se pelea dentro de la propia casa, en el seno de la familia, como se exhiben zarpas afuera. Bandos estrechos, en la limitación del poblacho, se odian de muerte, disputándose a dentelladas los cargos públicos, las gloriolas y los pobres honores. Cuando escasean, se

(1) **Carácter de la Revolución Americana**, por José León Suárez
—Buenos Aires,

los inventan. Surgen los insufribles genios parroquiales que cada cual pretende hacer la felicidad de la patria. La América corrosiva, de padres a hijos, ahonda la tradicional división. ¿Qué concierto administrativo entre lobeznos y gentes de la dehesa?

Errores de la Democracia

Los congresos nacionales cometen algunos desaciertos, de tal modo que va desacreditándose el sistema parlamentario. ¿Con qué lo suplirá la democracia, a fin de que los representantes del pueblo lo respeten y defiendan genuinamente con abnegación y disciplina?

Ya en 1856, en México, al discutirse la Constitución, el maestro Ignacio Ramírez se encaraba en un famoso discurso con el Congreso Constituyente. "El proyecto de Constitución que hoy se encuentra sometido a las luces de vuestra soberanía, les observaba, revela en sus autores un estudio, no despreciable, de los sistemas políticos de nuestro siglo; pero, al mismo tiempo, un olvido inconcebible de las necesidades positivas de nuestra patria".

Lo mismo podría aplicarse, en años más recientes, a otras naciones.

No sería infundada la sospecha de la crisis de la democracia en los tiempos actuales. Claras inteligencias, al estudiar la biología de la democracia, han llamado la atención acerca de la tendencia dictatorial del Continente en las tres primeras décadas de este siglo, y hasta se han permitido defender a los gobiernos fuertes.

No es consolador para los manes de nuestros mayores, singularmente de Bolívar, el cuadro americano de la época que se convulsiona y va amortiguando sus virtudes cívicas, como si la visión materialista opacase la moralidad pública.

En algunos países el escarnio a la libertad ha parecido inverosímil. Allí están las imprentas cerradas y los periodistas amordazados, censurados, salvo los oficiales; allí las obscuras mazmorras, los sombríos castillos, las cárceles infectas, henchidas de ciudadanos independientes y hasta de estudiantes, que no acallaron su protesta; allí la muerte cirniéndose sobre los indefensos y desarmados. No les fue lícito ni siquiera pensar, y aventados fueron al destierro. Se formaron amagos de revolución para atenuar la responsabilidad del castigo contra los dignos. Jóvenes, obreros, universitarios, personajes de pro, caerán envueltos en la vorágine fratricida. No es una novela de febricitantes el relato de Rufino Blanco Fombona, las denuncias de Jacinto López y Rivas Vásquez, la conferencia de Carnevali y otros valientes más, en libros delatores como «La Máscara Heroica», en folletos denunciadores del crimen, etc.

¿Dónde, en el carnaval político, el respeto al prójimo que no comulga con el mismo credo ni se ha afiliado a la bandería, como principio de amor a la gran patria americana? Si las distancias se salvan hoy fácilmente, se alejan los corazones.

Vana la ilusión de Bolívar que al citar al Continente para un magno congreso internacional en Panamá, formuló votos de armonía perdurables.

¡Lástima grande que sus admirables visiones de político no hayan correspondido a la dura reali-

dad de los hechos! Ardiente verbo de democracia, predicó la unión, columbrando en lontananza el fantasma de la anarquía. A raíz de su obra, que el hondo desaliento la creyó echada al mar, se sucedieron inauditas tiranías. El desfile avergüenza a la historia.

Teoría sangrienta

Pasaron, como fuegos fatuos de cárdeno color, muchos gobernantes hundidos en la revuelta, apuñaleados, depuestos del mando, arrastrados, hechos el ludibrio del más audaz y del más fuerte. En la bella segunda Venecia para los latinos, según la visión de Vespucio, se oculta por ahí Monagas que tantas inquietudes provocó; se sonroja Guzmán Blanco cuyas estatuas derriba la furia popular; palidece Andueza Palacio de chispazos siniestros; se queja Joaquín Crespo de la letal herida que recibió en combate fratricida; es destronado prontamente Ignacio Andrade; aparece la figura de tragedia del dictador Cipriano Castro. Sostendrá la comedia Victoriano Márquez Bustillo, detras del cual despliega sus cañones el General Juan Vicente Gómez, desde su baluarte de Maracay

En el Paraguay José Gaspar Rodríguez se perpetúa en la tiranía hasta diez años después de la muerte de Bolívar. Este vesánico doctor Francia aísla a su patria y la vuelve como un cadáver. Llega a contestar al Libertador que la voluntad omnímoda del siniestro Rodríguez es que la República no salga de su aislamiento. El Presidente Juan B. Gill, asesinado en una reacción popular, prueba la triste situación paraguaya. Su mismo Ministro de la Guerra, Coronel Albino Jara, obliga a dimitir a

Manuel Gondra. El dictador Jara, a su vez, dimite, aterrado de una sublevación. Los revoltosos deponeu del mando a Liberato Rojas. En la heroica y domiuada tierra, épica hasta el sacrificio, es de bárbaro recuerdo el vanidoso Francisco Solano López que no perdonó ni a su propio hermano ni a su cuñado, como fusiló implacable al obispo Palacios. Dicen que el tirano no tuvo compasión ni de su misma madre, según horripilantes naraciones modernas.

El intelectual solar de Rodó ha visto correr torrentes de sangre en atroces revoluciones, que evocan novelesca descripción de Pérez Petit. Contempla el Uruguay la dimisión del Coronel Venancio Flores y los horrores de la guerra movidos por Gabriel Antonio Pereira que en el sombrío paraje de Quintero, segó a balazos la vida de tantos Jefes militares y de numerosos oficiales. La república, de un confín al otro, se levanta en armas contra Bernardo Prudeucio Berro. Las cobardías y vacilaciones de José E. Ellauri le precipitaron de las alturas. De nuevo se encienden las luchas civiles con Juan Idiarde Borda, que se hunde para siempre al golpe aleve. No pocas también las revueltas que presenció José Batlle y Ordóñez, arraigador de implacables banderías. El ilustre escritor Arioso D. González ha explicado lo que son los partidos políticos tradicionales en su fecunda y espiritual patria.

Bastaría en la Argentina con citar a Rosas para estremecernos de espanto.

Porfirio Díaz mantiene casi media centuria amordazado a México. A su caída, se desatan más recias tempestades y pululan asesinatos, martirios, luchas intestinas feroces. Madero, Carranza, Obregón, todos asesinados.

La historia del Perú es demasiado conocida.

Este áureo suelo fue rico también en conspiraciones contra Bolívar. La paz huyó de sus risueños campos, martirizados en lo doméstico y en lo internacional. Como si la elección de Gamarra por la abrumadora razón de las bayonetas fuese mal presagio, el Perú no cesó de contemplar escenas de sangre, con el General Orbegoso que se afaná en sofocar revueltas, con el Ministro de la Guerra Valle-Riestra que pasó por muchos dolores, no siendo el menor caer prisionero y haber experimentado la deslealtad del General Salas. Sin fórmula de juicio fue pasado por las armas, acción que no ha perdonado la historia. Continúan los escándalos: desfila el dictador Salaverry, el atribulado Gamarra expira en el vivac, Santa Cruz huye desconsolado a Arequipa, La Fuente se insurrecciona contra Manuel Menéndez y le imita el General Juan Crisóstomo Torrico. El General Lavalle es batido por el supremo director General Vidal Vivanco a quien derrotó Castilla. El General Pezet es víctima de una revolución. Intranquiliza la dictadura de Prado. Se yergue traidoramente contra Balta el Coronel Tomás Gutiérrez. Sin que la justicia le ampare, es fusilado el progresista Presidente. Entonces el pueblo, rugiendo de ira, da muerte a los hermanos Tomás y Marcelino Gutiérrez. Durante cuatro años no se cansan de combatir a Manuel Pardo. El dictador Nicolás de Piérola aparece en la escena. Se inicia la campaña contra el General Iglesias. Sangrientamente es derrotado el General Cáceres. El Coronel Benavides se levanta contra el fuerte Augusto B. Leguía, y contra el omnímodo señor, en 1930, desde Arequipa, el Coronel Sánchez Cerro, cobrando

en la misma moneda la acción contra el Presidente José Pardo, cuyo palacio presidencial fue asaltado.

La gran Colombia, el sueño maravilloso de Bolívar, del que pronto se arrepintió, convirtiéndose en pesadilla, duró tan sólo, a partir del Congreso de Angostura, que tan laudables calificativos ha merecido, once años. La sangre se ha vertido a torrentes en la vasta tierra regada por dos océanos. Para apagar el incendio revolucionario, el doctor Márquez tiene que aceptar el final sacrificio del Coronel Juan José Neira. Nuevos fulgores de campamento rodean al General Mosquera. Se acentúa la inquietud ante el nepotismo y la inmoralidad política del General José Hilario López que sólo emplea a sus secuaces a título de que es preciso «gobernar con el partido». Pasa siniestramente el dictador José María Obando, de tan negros antecedentes. No hay paz en tiempo de Ospina Rodríguez, que empapa, como un nuevo Hacéldama, parajes de añoranzas patéticas como Subachoque y Concepción. ¿Qué millares de vidas y haciendas costó la guerra de Santiago Pérez? Lo dicen los huesos esparcidos en Chancos, Garrapata, Palmichal y otros lugares. El juego es interminable: un alzamiento contra Rafael Núñez, otro contra Miguel Antonio Caro. Hasta ahora son mudos testigos Palonegro, después del cual Julio Flores insinuó a la juventud liberal que entonara el himno del futuro de pie sobre las ruinas del pasado; Palonegro, que se ha vuelto célebre, y el asedio de Cúcuta. A causa de un golpe militar en la alborada de este siglo ¿qué autoridad expira en Villeta? Se aleja expatriado el General Rafael Reyes contra quien se alzaron

puños amenazantes. La lid no se aplaca en el período del doctor Ramón González Valencia.

Bolivia, que midió sus armas con el Perú, sufre la invasión de su territorio. El desacato paga caro el General Gamarro, que será derrotado en Viacha. Amotinada la soldadesca, arroja del solio al General Manuel Isidro Belzú, y le sustituye con su yerno, el General Córdova, que después cede el puesto al doctor José María Linares, que también será castigado. Se ve al General José María de Acha sofocando tumultos. Un motín militar arroja lejos a Frías, otro al General Daza, un tercero a Alonso, que huye a Chile, y un reciente a Siles.

He dejado para el último al terror de Bolivia Mariano Melgarejo, el mismo feroz soldado que mataría al General Belzú. Melgarejo, en Lima, rodó asesinado por su yerno José Sánchez. No he querido recordar al General José Pando que ahoga un movimiento separatista en la región del Acre.

En el Ecuador, el inclito Raca fuerte fue el fundador de las revoluciones. La ambición se enamoró de las dulzuras del poder. Fueron depuestos presidentes como castillos de naípe. Ostentó las insignias constitucionales Espinosa, a quién echó al suelo García Moreno; Borrero fue traicionado por Veintimilla; Lizardo García duró pocos meses, no obstante ser mandatario constitucional. Abundaron las reelecciones inconvenientes. La de García Moreno fue motejada de impolítica por el doctor González Suárez. No cesaron los tiroteos en cien chamusquinas. Se fijaron en el calendario republicano fechas que aparecen como gloriosas, tales como la marcista, la restauración contra la dictadura veintimillista, la transformación política

del 5 de Junio, la última del nueve de Julio. Se han ensayado 13 cartas fundamentales.

Las selvas de Esmeraldas se han estremecido, sembradas de cadáveres, en una cruenta contienda que duró toda la administración segunda del General Leonidas Plaza Gutiérrez.

Las calles de Quito, ciudad buena y querida, se han visto manchadas de sangre desde la época de Hall; desde que se desplomó de la lonja del palacio gubernativo, acosado a machetazos por Rayo, el presidente doctor Gabriel García Moreno, hasta que fueron paseados macabramente los desnudos despojos de cinco generales de la República y un coronel y periodista a la vez. Entre las indefensas víctimas se contaba el anciano General Eloy Alfaro, reformador del país y gran patriota, según lo reconocieron el doctor Luis Cordero, hasta al expirar, y el notable conservador y poeta Dr. Crespo Toral, hombre eminente. Alfaro ha sido después consagrado en el bronce, no sólo dentro de su patria, en la población de Huigra, frente al ferrocarril del sur, sino fuera de ella, en Cuba, España, Panamá y Chile; y en estos días en la ciudad de Alajuela, en Costa Rica

Sigue la desunión continental

La fraternidad de los americanos ni en lo doméstico ni fuera del hogar ha sido religiosamente observada. Todavía ni sus diferencias fronterizas se arreglan por completo. Perú y Chile aceptaron una sentencia salomónica que partió a Tacna de Arica.

Pero Paraguay y Bolivia, Perú y el Ecuador, Guatemala y Honduras, Nicaragua y Honduras están en pleno pleito. Ojos interesados se detienen con avidez sobre el disputado territorio de la Mosquitia para explotar sus pinares.

Verdad es que muchas contiendas han tenido por pretexto la reconquista de la libertad, usurpada o perdida por la corrupción; pero el remedio ha resultado peor que el morbo o la epidemia, y el descontento ha surgido en seguida.

Libertad es perfecta armonía, respeto mutuo, abrazo cariñoso entre los miembros de la gran patria, que se extiende desde México a la Argentina, que según utópicamente quería Bolívar, debía ser una sólo para los americanos de una misma raza, lengua e ideales.

En la América Central, que no ha logrado aún su confederación, Estrada Cabrera pesó como una montaña sobre Guatemala. Las demás simpáticas Repúblicas no se desarrollaron en paz. Nicaragua halló en Sandino un vengador. La floreciente Costa Rica, que ejemplarmente posee más maestros que hijos de Marte, tuvo sus desacuerdos con Panamá. El Salvador no oculta en sus cuentas domésticas presidentes asesinados. Honduras se debate reclamando sus derechos fronterizos y poniendo sus ojos en las cumbres del Meredón, Grita, Gallinero, Espíritu Santo y Omoa. Hasta ahora lamentando está que el General López Gutiérrez, en 1924, rompiese la Constitución del país.

En el año centésimo de la muerte del Libertador, a un siglo de distancia del mundial duelo, como que para los crespones americanos se extendieran más y fueran más negros, se han sucedido las

matanzas y revoluciones hasta en países laboriosos y serios que parecían garantizados por disciplinada paz estable.

Quizá, inspirados por las actuales agitaciones de la Madre patria, huyen de la paz.

En estos momentos, Guatemala se alza en armas contra el Gobierno.

El Brasil, la Argentina, Bolivia, el Perú escucharon el clamor de alarmantes clarines y tambores. Chile sufrió una tentativa de audaz asalto aéreo desde Concepción. A su vuelta de Osorno, el Presidente General Ibáñez casi es dinamitado, al paso de peligroso puente. Cuba fue teatro de motines que presagian nuevas inquietudes. Venezuela, la tierra de libertadores y preclaros talentos, amada por sus Ilíadas y Odiseas modernas, la santa cuna de Bolívar, vió alterarse su calma sepulcral y divisó nubes de tormenta en la frontera colombiana, que amenazan transformarse en rayo vengador contra el Gobierno del doctor Juan Bautista Pérez. Su dorada opulencia está minada subterráneamente. Colombia, tan espiritual y florecida en los cármenes de la poesía, devora sus inquietudes dando tregua a la lira. En inesperado cuarto de conversión política, lucha activamente en las urnas electorales, y cansada de vivaquear, permanece en actitud expectante, sin perder las esperanzas de derrotar el espectro del hambre, empeñándose en el arreglo de su ruinosa crisis económica, vieja consecuencia tal vez del papel moneda de los negros tiempos de Núñez.

El Ecuador atravesó por grandes vicisitudes y estuvo a punto de ver desatarse, en recio temporal, la confusión política, después de que entró en el

período constitucional, dejando atrás reacciones militares. El presidente de la República envió su renuncia al Congreso de 1930. En Guayaquil repercutió el sobresalto.

Por todas partes la incertidumbre, la desunión, el malestar moral y físico, el exterminio. A cada instante, ojeando rápidamente la historia de América, se comprueba el propósito de empañar la augusta faz de Bolívar y sus ínclitos tenientes y maestros, despreciando alarmadamente la pureza de la doctrina democrática, cual si en el breve lapso de una centuria autónoma, cayésemos a cada instante en la tentación de burlarnos de lo más sagrado.

En un sólo país del Continente, en Colombia, sería curioso catalogar el número de trifulcas locales, desde 1829 cuando el General José María Córdoba se levantó en armas contra el Gobierno apoderándose, en Septiembre, de Rionegro; catalogar las bajas a partir de la batalla de El Santuario. Pálida resulta la reveladora coleccioncita que intentó brevemente el escritor Gustavo Arboleda, pariente del poeta que lanzó, como en la Argentina Mármol, sus enérgicas estrofas políticas.

La historia, para entrar en el estudio de sus acciones constructivas o demolidoras, reproduce el alma de las edades, caracterizada principalmente en las figuras representativas que sobrepasaron el nivel común.

“Todo lo que hace su aparición en el campo de la historia es expresión de un alma: debe, pues, ser apreciado con el ojo de un conocedor del hombre y no sometido a leyes naturales y ciegas”, ha dicho el eminente sociólogo argentino doctor Ernesto Quesada.

¿Murieron con Bolívar los continuadores de la democracia? A causa de las malas pasiones políticas de quienes le olvidan ¿no será posible que retoñe la planta de bendición y llegue a ser el árbol frondoso del Nuevo Mundo?

No podemos concebir que la santa herencia de libertad haya sido como la de un puñado de vistosas monedas puesto en manos de niños. América, infantil aún, ha derrochado el tesoro a manos llenas.

Ojalá en las sucesivas centurias mediten los estadistas y patriotas en que nada, como la libertad, está exigiendo más preparación popular para conservarla, a fin de no caer en el libertinaje y la anarquía.

A la América le esperan muchas sorpresas.

Se requiere el concurso de todas las personas de buena voluntad. “Los partidos políticos no se forman, ni las sociedades se conmueven por la sola voluntad de un hombre”, ha dicho un famoso escritor venezolano en obra luminosa. (1)

Lentamente se desenvuelve su cultura. De su seno, como del roble que cada día echa raíces y se nutre, brotarán los más sazonados frutos, si no se olvidan las lecciones de Bolívar y de los pensadores que siguieron sus huellas.

América está en la infancia. Ha de obedecer la ley ineluctable. “Cada cultura — lo observa muy bien el doctor Quesada — como organismo metafísico, recorre la misma órbita evolutiva de los organismos físicos, vale decir, tiene su nueva juventud, virilidad y senectud”.

(1) Laureano Vallenilla Lanz.—Disgregación e Integración.—Ensayo sobre la formación de la nacionalidad venezolana.—Tomo primero—Caracas—1930.

No desesperemos. Un siglo es como una hora en la clepsidra de los pueblos. Seguiremos la ley del progreso, si la iniquidad no se enseñorea de estos hermosos y feraces dominios. Ha de renacer, en la edad madura, el principio de moralidad colectiva que sancione y estimule.

Oración Final

Si la fantasía, con sus potentes alas, me trasladara al santuario del héroe entre los héroes que guarda sus cenizas, caería, absorto y de hinojos, sofocado por las lágrimas. El silencio sería mi más elocuente oración.

¿Qué puede añadir la débil voz en el primer siglo del duelo universal, cuando la palabra ha fatigado sus epinicios en honor del coloso de Caracas, que lo es de toda la América, y, por el afecto, preferentemente del Ecuador?

Si el hombre, impotente de suyo en los supremos trances, enmudece, no así la colectividad que es la expresión del alma de las generaciones.

Tócale, por lo mismo, a América jurar ante el incansable adalid de las proezas, ante el poeta—mundo, que con brazo omnipotente forjó la epopeya continental, recobrar el buen juicio y tenderse, en sincera actitud fraterna, los brazos, sin pensar en guerras internacionales y curándose en salud de las intestinas.

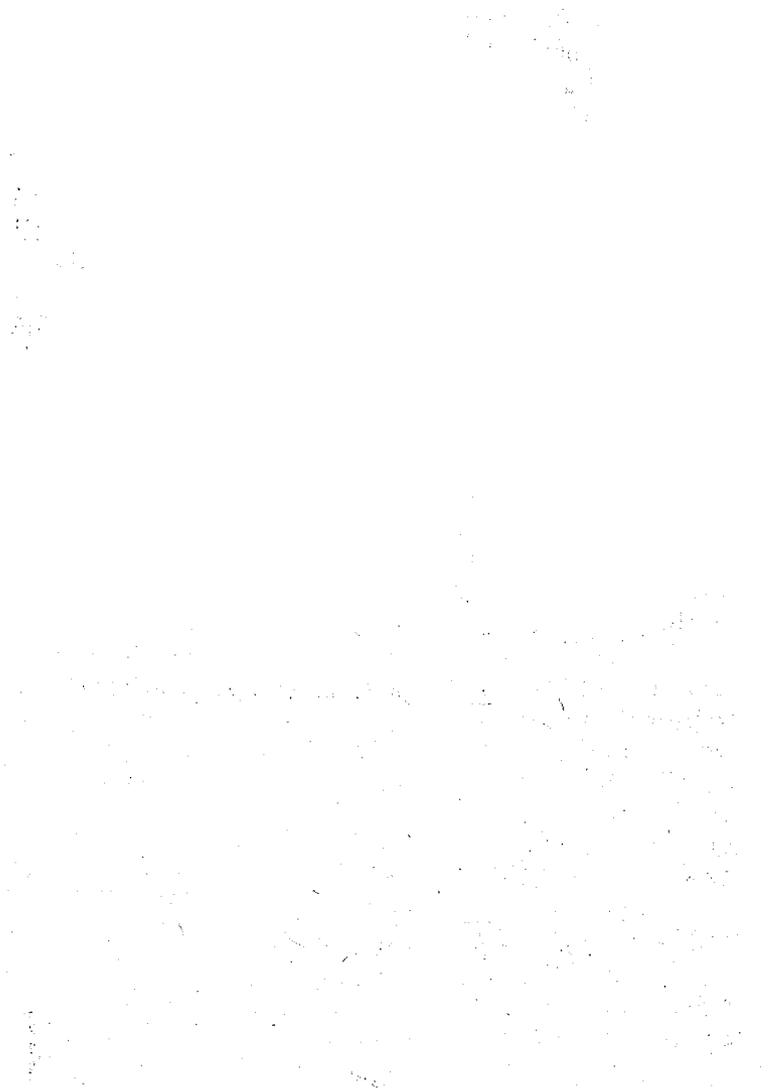
Sean pacíficos sus votos ante el nimen de augustal atrevimiento, ante el estadista que recorrió, con fogosa galanura, las homéricas leyendas del caudillo y del caballero exquisito, ante el apolíneo encanto del que vertió su probada gentileza, en

cien obras de asombro y de bravura, ante el "árbitro de la paz y de la guerra", como con admirable verbo metafórico le llamó el sin par poeta Olmedo.

Bolívar es epónimo: su estirpe y su raza señoras de naciones. América ha de confirmar siempre esta grandeza. Paseó su valentía por las cumbres, digno retoño de la augusta Iberia. Dominó toda cima: las del intelecto y las materiales. El Chimborazo—el más erecto gigante de los Andes—fue su colega. Por esto le confió su delirio, que es la poesía de las albas cimas. Su vista de águila abarcó cuanto es dado, en el apogeo del sol, inspirando a Ricarute en San Mateo, a Sucre en fúlgidos teatros como Ayacucho, a Abdón Calderón en el Pichincha. Su fuerza plutónica encendió los destinos de seis repúblicas. Al retumbar de aquella voz tonante, se fundieron cadenas y conspiraciones.

No vuelvan los gobiernos de hecho, ni América dé otra vez pretexto para el amargo epifonema: "he arado en el mar".

Quito, a 17 de Diciembre de 1930.



América convulsa

Triste confirmación ha tenido lo que acerca de la paz de la América hispana esboqué en los días precisos en que el Continente conmemoraba la muerte de Bolívar. Ha sido un mito doloroso su tranquilidad, pues se halla todavía convulsa.

Después del primer siglo de ensayo, la orgía de la libertad americana continúa sedienta de sangre, escarnecida, no con protestas antidemocráticas, sino con la violencia de los hechos.

Se aseguró, y no sé si con fundamento, que el mismo 17 de Diciembre de 1930 hubo matanzas en las calles de la heroica ciudad de Caracas.

Las hubo después en la Habana: todavía no renace el societo de la bella isla cubana. Parte de su prensa fue amordazada, y el Presidente Machado recibe amenazas de muerte.

Colombia, en sus últimas elecciones de Marzo de 1931, ha sido testigo de escenas sangrientas y macabras, especialmente en pueblos del Departamento de Santander.

El grave problema de Puerto Rico, que anhela ser República independiente, no se soluciona.

En la última asamblea magna que en San Juan celebró «La Unión de Puerto Rico» dispuesta a luchar por sus ideales, declaró que el pueblo es y de

derecho debe ser libre y soberano. Aspira a obtener su libertad y soberanía mediante la expresión de la voluntad portorriqueña manifestada por un plebiscito.

La potente República Argentina ha presenciado en estos días pavorosas tentativas de reacción irigoyenista. Hasta se murmuró que algunos exaltados políticos se habían valido de las fechorías de temibles anarquistas como Scarfó, discípulo de Giovanni, que fue fusilado después de rápido consejo marcial, como su famoso maestro. No cesan de hallarse en partes públicas de Buenos Aires desconcertantes bombas de dinamita.

Después de que el Presidente de Chile, General Carlos Ibáñez del Campo, a su regreso de Osorno, se escapó de volar por los aires junto con el puente ferroviario sobre el río Maipo, hizo, en la aurora de este año, importantes declaraciones a los Intendentes chilenos, demostrando su resolución firme de mantener el orden. Prometió abatir los intereses creados y luchar contra la anarquía política.

“Los adversarios del nuevo régimen, dijo, tendrán que convencerse, de una vez por todas, que son vanos sus esfuerzos en orden a volver a la anarquía política de antaño, porque las fuerzas productoras y el pueblo me acompañan a cumplir el programa de la Revolución, que tuvo su origen en el impulso generoso de las fuerzas armadas; porque tengo plena conciencia de mis deberes y de mis responsabilidades y porque mi acción está inspirada en el anhelo de hacer llegar a todos los ámbitos del

país un aliento vivificador y productivo, de orden y de progreso; es por esto que quiero advertir a los profesionales de la política, que sufren la más peligrosa de las equivocaciones si creen es posible agotar mis energías, porque hoy, más que nunca, estoy dispuesto a cualquier sacrificio en aras de los ideales de la Revolución y de los verdaderos intereses de la Patria».

La moderna y simpática República de Panamá sintió que los jóvenes de la «acción comunal» revelaban su fuego volcánico. La revolución estalló al comienzo de Enero. Fue depuesto el Presidente Arosemena. Formóse una junta cívica encabezada por don Harmodio Arias. Por cablegrama urgente se llamó al Ministro en Washington doctor Ricardo J. Alfaro. No faltaron muertos y heridos en la revuelta.

En Guatemala levantóse en armas el General Manuel María Orellana, Comandante del fuerte de Matamoros. No se hizo esperar la renuncia del Presidente Provisional señor Palma. De resulta de las escaramuzas en las calles céntricas de la ciudad, murió el Ministro de la Guerra General Mauro León. Cerca de mil guatemaltecos revolucionarios, refugiados en México, cruzaron la frontera.

Bolivia continúa la invasión al Chaco paraguayo. Proyecta unir, por medio de una carretera, sus fortines de Pilcomayo con los de la región norte. Tropas bolivianas se han aventurado en territorio paraguayo. El Coronel Julio Sanjués recorrió en 21 días los fuertes y puestos avanzados bolivianos. En las ricas tierras de Pitiantutá se pretende, si no

falsean los rumores, coustruir el formidable «Chiragua».

Antes de la caída de Sánchez Cerro, el corazón de Lima presenció la matanza de numerosos estudiantes universitarios. Arequipa ha dado que hacer a la tranquilidad peruana. Después de que don David Samanez Ocampo reemplazó al ciudadano que estaba al frente de la junta cívica, suena desde el Sur una nueva amenaza revolucionaria si no renuncia el Teniente Coronel Gustavo Jiménez, Ministro de la Guerra. Desde que el poderoso Leguía, al que juzga severamente el doctor Víctor Andrés Belaunde en "La Realidad Nacional", fue derrocado, el Perú ve desfilar ya cinco remedos de gobierno.

Lima ha sido testigo, a fines de Marzo de 1931, de combates en sus calles, a causa de haberse amotinado el quinto regimiento de infantería que estaba acantonado en el cuartel de Santa Catalina, pretendiendo tomarse el Palacio de Gobierno. Se declaró el estado de sitio y se implantaron cortes marciales. Los culpables van a ser pasados por las armas. Laméntanse muchas bajas ocurridas en el fatal tiroteo urbano, lo mismo entre los rebeldes que entre los que repelían el ataque.

En la histórica República dominicana, presa de un espantoso ciclón, ha sido asesinado el doctor Manuel de Gómez, alto magistrado de la Corte Suprema, por el mismo asistente de una de las Secretarías de Estado.

Del magnífico Uruguay ha trazado, con pluma verídica y viril, dantesco cuadro el escritor Julio Martínez Lamas, al analizar la riqueza y pobreza de la oriental República. Y este libro revelador y

saludable ha sido resueltamente encomiado por el gran crítico Juan Antonio Zubillaga.

La convulsión de América, a los cien años del sacrificio de Bolívar y de sus cooperadores y apóstoles, no ha terminado.

¿Cuándo la paz será fundamental para que el próspero cuerno de la abundancia se derrame sobre estas regiones paradisíacas, que viven tentadas constantemente por la serpiente revolucionaria?

No en vano se han perdido el corazón y las entrañas de Bolívar, que fueron entregados fraternalmente por Venezuela al pueblo de Colombia representado por su Presidente General Herrán. El «morbo de los trópicos», que diría Posada Gutiérrez, y que no es otro que las guerras intestinas, ha vuelto polvo esas reliquias sagradas, confundidas para siempre.

No niego que hay revoluciones buenas, como la revolución por la conquista de la independencia popular y de sus derechos; pero todas son impotentes para borrar el pasado, de cuyo culto ha vivido América. Renegando del ayer no se construye para el mañana. Es indispensable que América funde en la educación el lento cambio de sus instintos políticos y de sus costumbres coloniales; en la educación que le impulse al inmenso amor a la humanidad, en bella floración de paz y de esperanza,